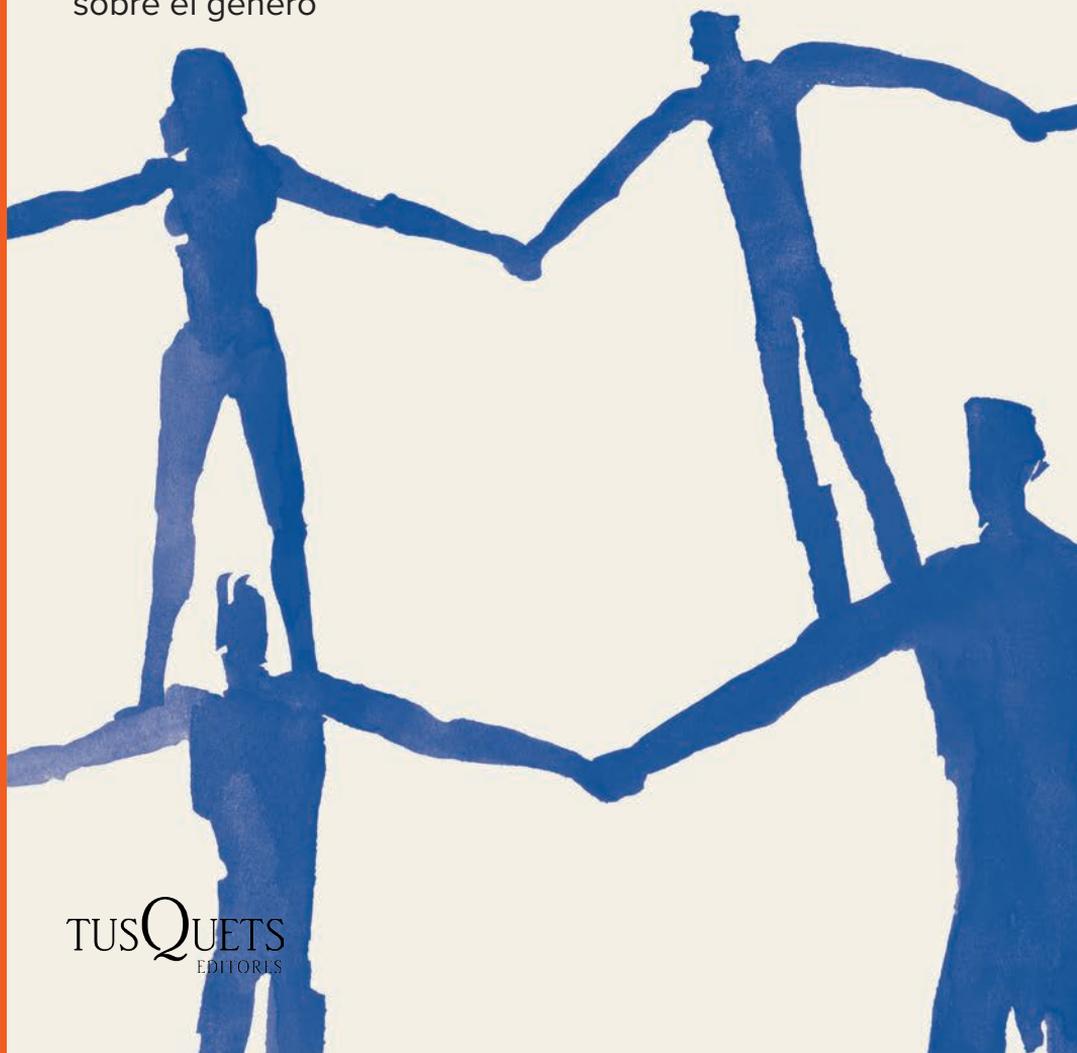


Frans de Waal Diferentes

Lo que los primates nos enseñan
sobre el género



Frans de Waal

DIFERENTES

Lo que los primates nos enseñan sobre el género

Traducción de Ambrosio García Leal

Con fotografías y dibujos del autor

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Different. Gender Through the Eyes of a Primatologist*

1.ª edición: septiembre de 2022

© 2022 by Frans de Waal

© de la traducción: Ambrosio García Leal, 2022
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 84-8310-9066-713-2
Depósito legal: B. 12.758-2022
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Introducción	11
1. Juguetes somos. Cómo juegan los niños, las niñas y otros primates	31
2. Género. Identidad y autosocialización.	53
3. Seis varones. Crecer sin hermanas en los Países Bajos.	79
4. La metáfora equivocada. La exageración del patriarcado primate	103
5. Sororidad bonobo. Un reexamen del mono olvidado . .	127
6. Señales sexuales. De los genitales a los rostros y su belleza	155
7. El juego del apareamiento. El mito de la hembra recatada	179
8. Violencia. Violación, asesinato y los perros de la guerra	209
9. Machos (y hembras) alfa. La diferencia entre dominancia y poder	237
10. Mantener la paz. Rivalidad, amistad y cooperación. . .	269
11. Crianza. Cuidado maternal y paternal de la prole	301
12. Sexo con el mismo sexo. Animales que enarbolan la bandera arcoíris	337
13. El problema del dualismo. La mente, el cerebro y el cuerpo son uno	363

Apéndices	
Notas.	379
Bibliografía.	397
Índice onomástico.	435
Agradecimientos.	439
<i>[Fotografías].</i>	<i>[224-225]</i>

Juguetes somos Cómo juegan los niños, las niñas y otros primates

Una mañana, a través de mis binoculares, vi a *Amber* encaminarse hacia la isla en una extraña postura encorvada, renqueando sobre una mano y dos piernas. Con la otra mano abrazaba la cabeza de un cepillo de crin contra su vientre, exactamente igual que una madre chimpancé sostiene a un neonato que es demasiado pequeño y débil para agarrarse por sí solo. *Amber* —llamada así por el color de sus ojos— era una hembra adolescente de la colonia de chimpancés del zoo de Burgers. Uno de los cuidadores debió de dejarse el cepillo, y *Amber* le había quitado el mango. Ocasionalmente lo acicalaba y deambulaba con el cepillo colocado en la grupa, como una madre cargando con un retoño más crecido. Por la noche se acurrucaba con su cepillo en su nido de paja. Retuvo el cepillo durante semanas. En vez de arrullar a los retoños de otras hembras, ahora tenía uno propio, solo que no era real.

Cuando a un antropoide se le da una muñeca para que juegue, pueden pasar dos cosas. Si es un macho joven, puede que la despedace (principalmente por curiosidad, para ver lo que hay dentro, pero a veces por la competencia: cuando dos machos jóvenes tiran a la vez de una muñeca, cada uno puede acabar con una parte). En manos de los machos, los juguetes raramente disfrutan de una larga vida. Por otro lado, si una hembra toma posesión de una muñeca, pronto la adoptará y la tratará con mimo. Se hará cargo de ella.

Una chimpancé juvenil llamada *Georgia* entró una vez en un recinto cerrado con un osito de peluche que había estado llevando con ella durante días. Yo la conocía bien y quería ver si consentiría

en dejarme sostener su osito en mis brazos. Le alargué la mano abierta en actitud pedigüeña, un gesto que los chimpancés también emplean. Había barrotes entre nosotros, y *Georgia* tenía un conflicto. Mantenía el osito fuera de mi alcance, así que me senté en el suelo para mostrarle que no iba a llevármelo. Entonces alargó el osito hacia mí sosteniéndolo firmemente por una pata. Me dejó inspeccionarlo y hablarle, mientras me miraba fijamente. Cuando le devolví el osito, ya habíamos establecido un vínculo de confianza, y ella lo abrazó estrechamente mientras se mantenía junto a mí.

La literatura del comportamiento primate está llena de antropoides cuidados por personas —casi todas hembras— que adoptan muñecas que les han proporcionado. Las llevan consigo a todas partes, las cargan a sus espaldas, y aprietan su boca contra un pezón como si las estuvieran amamantando; o como *Koko*, la gorila que hablaba el lenguaje de signos, que besaba a sus muñecas dándoles las buenas noches una a una, tras lo cual hacía como si las muñecas se besaran a su vez mutuamente.¹

Otro antropoide adiestrado en el lenguaje, la chimpancé *Washoe*, empleó una vez su muñeca como conejillo de Indias. Al ver que le habían puesto un nuevo felpudo en su caravana, saltó hacia atrás horrorizada. Agarró su muñeca y, desde una distancia segura, la dejó caer en el felpudo. Estuvo pendiente de la situación durante unos minutos, para ver si le pasaba algo a su muñeca, hasta que la levantó del felpudo y la inspeccionó minuciosamente. Tras concluir que no estaba dañada, se calmó y se atrevió a cruzar el felpudo.²

Se dice que socializamos a los niños y las niñas a través de los juguetes que elegimos para ellos. Al proyectar nuestros prejuicios en los juguetes, moldeamos sus roles de género. La idea es que los niños son como pizarras en blanco que se llenan con lo que les llega de su entorno. Pero, si bien es cierto que muchos aspectos del género vienen definidos culturalmente, no siempre es así. Dado que los juguetes están en el centro de este debate, ofrecen un excelente punto de partida para la discusión. La industria del juguete nos dice lo que necesitan nuestras hijas e hijos, pero aunque compráramos una ju-

guetería entera, qué juguetes eligen nuestros niños aún sería cosa de ellos. Esto es lo bonito del juego: compete al jugador. Lo mejor es observar a los niños entretenerse con sus representaciones y su imaginación y dejar abierta la posibilidad de que, en vez de ser nosotros quienes los modelamos a ellos, sea al revés.

Judith Harris, una psicóloga estadounidense disidente, veía la influencia de los progenitores como una mera ilusión confortadora. En su libro de 1998 *El mito de la educación*, se expresaba así: «Sí, los progenitores compran camiones para sus hijos y muñecas para sus hijas, pero quizás tengan una buena razón, quizás sea lo que los niños quieren».³

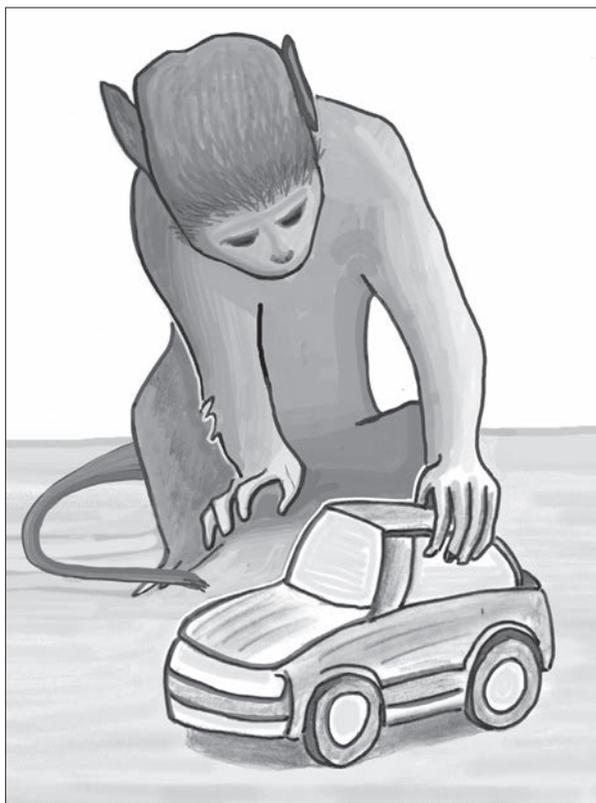
Viendo a *Amber* con su cepillo-niño, era evidente que quería una muñeca. ¿Es esta una conducta típica de las hembras primates? Cuando los científicos han estudiado cómo responden los monos ante los juguetes, se ha visto que sus elecciones no son lo que se dice sexualmente neutras. En el primero de tales experimentos, llevado a cabo hace veinte años en la Universidad de California en Los Ángeles, Gerianne Alexander y Melissa Hines proporcionaron a cercopitecos de cara negra un coche de policía, una pelota, una muñeca de felpa y unos cuantos juguetes más. Hay que admitir que este era un montaje artificioso, lleno de presupuestos sobre el significado de estos objetos para los monos. Por mi parte prefiero experimentos inspirados en el comportamiento animal natural en vez de nuestra tendencia antropocéntrica a meterlos en asuntos humanos. Pero veamos lo que encontraron.

Resulta que los monos imitaron las preferencias ligadas al sexo de los niños humanos. Los juguetes de transporte, como los coches, fueron elegidos más por los machos, que los hacían rodar por el suelo, así como las pelotas. Por otro lado, las muñecas eran elegidas más por las hembras, que las apretaban contra su cuerpo o inspeccionaban su región genital. Esto último es congruente con la curiosidad de los monos por los genitales de los neonatos. No es inusual que las

hembras rodeen a una madre reciente para abrir las piernas de su inquieto retoño, metiendo el dedo, tirando y oliendo entre ellas, en medio de un coro de gruñidos suaves y chasquidos de labios. Parecen estar de acuerdo en la importancia de esta parte del cuerpo. Los primates llevan haciendo esto millones de años, desde mucho antes de que inventáramos las fiestas de «revelación de género».⁴

En aquel estudio de UCLA no se presentaban todos los juguetes al mismo tiempo, así que los monos no podían hacer una auténtica elección. Todo lo que sabemos es cuánto tiempo se entretenían con cada tipo de juguete. Un segundo estudio con macacos rhesus en la estación de campo del Centro Nacional Yerkes de Investigación de Primates, cerca de Atlanta, remedió este defecto. Como yo trabajo allí, me paseo entre estos monos a diario. Viven todo el año al aire libre en grandes corrales vallados, donde entablan ruidosas riñas, congregaciones de acicalamiento y sesiones de juego desbordado. Aunque tienen mucho que hacer, los juguetes nuevos captan su atención. Kim Wallen, una colega de la Universidad Emory, y su discípula Janice Hassett proporcionaron a un grupo de 135 monos dos clases de juguetes para ver cuáles elegían. Se los ofrecían simultáneamente: muñecos de felpa o peluche, y juguetes con ruedas, como coches.⁵

Los machos iban a por los juguetes con ruedas. Eran más selectivos que las hembras, que se interesaban por todos los juguetes, coches incluidos. Era la indiferencia de los machos hacia los peluches lo que hacía que la mayoría acabara en manos femeninas. Los niños exhiben una pauta similar, con preferencias más pronunciadas en los varones. Una explicación corriente es que a los chicos les incomoda adoptar roles femeninos, mientras que a las chicas les incomoda menos adoptar roles masculinos. Pero no hay evidencia alguna de que los monos se preocupen por la percepción del género, por lo que es improbable que ellos sientan la misma incomodidad que se atribuye a los niños humanos. La realidad quizás sea más sencilla: puede que, simplemente, las muñecas no atraigan a la mayoría de los machos primates, niños o monos.



Cuando se proporcionaron juguetes humanos a monos jóvenes, los vehículos con ruedas acabaron principalmente en las manos de los machos y las muñecas en las de las hembras. La diferencia venía dada por el escaso interés masculino en las muñecas.

El diseño de estos experimentos era peculiar, porque a los monos se les presentaban objetos artificiales con los que no estaban familiarizados. Esto valía especialmente para los camiones. Esos vehículos coloreados hechos de plástico o metal no se parecen a nada de lo que hay en su hábitat natural. Puede que a los machos les fascinaran los objetos móviles que invitan a la acción. Los machos tienen un alto nivel de energía y disfrutaban con el juego físico. Que las hembras jugaran con muñecos abrazables de felpa o peluche es fácil de explicar. Los muñecos tienen cuerpo, cabeza y extremidades, lo que los hace superficialmente parecidos a bebés o animales.

Las hembras pasarán el resto de su vida cargando con crías, y los machos no.⁶

Nunca jugué con muñecas por mucho que mi madre siempre dejara algunas por ahí para mis hermanos y yo. Estaba encariñado con mi gran bulldog de peluche, pero nunca dormí con él y a veces lo hacía volar practicando mis habilidades boxísticas. Mis objetos de juego típicos eran los lápices de colores, porque me encantaba dibujar, y los materiales de construcción, como un Meccano y trenes eléctricos de juguete. Pero mi mayor interés, con diferencia, eran los animales. No sé cómo ni cuándo nació este interés, pero desde muy pequeño me dedicaba a recoger ranas, saltamontes y peces. Crie grajillas (córvidos de pequeño tamaño) y una urraca que había caído del nido. La mayoría de los sábados tomaba mi red de pescar de fabricación casera y me iba con mi bicicleta a visitar acequias donde capturaba salamandras, espinosos, angulas, renacuajos, bermejuelas y demás. Mi objetivo era mantenerlos vivos. Acabé con un pequeño zoológico en un cobertizo detrás de la casa con acuarios, ratones en reproducción, aves y un gatito adoptado. No tenía perro, pero el perro de un vecino se hizo amigo mío y me acompañaba a menudo. Me gustaba el olor de los animales tanto como su compañía. Y todavía me gusta.

¿Dónde deberían encajar tales intereses en la escala de socialización a través del juego? Los animales se mueven, como los coches, pero también requieren cuidados, como las muñecas. Dado que mi familia no me empujó en esta dirección y como mucho toleró mi obsesión, en esencia yo me autosocializaba: una aparente contradicción de términos. Yo soñaba con mis animales y cómo montaría mi primer acuario, o dónde liberaría mis grajillas. Me encaminé inexorablemente a convertirme en un amante de los animales, lo cual puso los cimientos de mi actual profesión. El afecto por los animales no es algo ligado al género, ni mucho menos, porque lo encontramos en niños y niñas, en hombres y mujeres. Pero no recuerdo haberme atormentado nunca por si mis intereses eran lo bastante masculinos.

Suecia, una nación que oficialmente promueve la igualdad de género, presionó una vez a una empresa de juguetes para que modificara su catálogo navideño de manera que presentara niños con una casa de los sueños de Barbie y niñas con pistolas y figuras de acción.⁷ Pero cuando el psicólogo sueco Anders Nelson pidió a niños de entre tres y cinco años que le mostraran sus colecciones de juguetes, las cosas resultaron ser diferentes. Casi todos los niños tenían su habitación repleta con un sorprendente promedio de 532 juguetes. Tras examinar 152 habitaciones y clasificar miles de juguetes, Nelson concluyó que las colecciones reflejaban exactamente los mismos estereotipos que en otros países. Los chicos tenían más herramientas, vehículos y juegos, y las chicas tenían más artículos domésticos, artilugios para prestar cuidados y prendas. Sus preferencias se habían demostrado inmunes a la mentalidad igualitaria de la sociedad sueca. Estudios en otros países han confirmado que las actitudes de los progenitores tienen poco o ningún impacto en las preferencias infantiles en materia de juguetes.⁸

Los niños fabricarán armas de juguete de la nada, convertirán muñecas en armas pulverizadoras, transformarán una casa de muñecas en un garaje, y arrastrarán cazos y sartenes (de un juego de cocina) por la alfombra como si fueran automóviles, emitiendo ruidos de motor. ¡Los chicos hacen mucho ruido cuando juegan! Les encanta producir sonidos de vehículos y disparos, de una clase que casi nunca se oye en los juegos de las chicas. Conozco personalmente a un niño cuya primera palabra no fue *dadda* o *mamma*, sino *truck* (camión). Más adelante comenzó a llamar a sus abuelos por la marca del coche que conducían.

El juego no puede dictarse. Demos a una niña un tren de juguete, y quizás lo acune para dormir, o lo meta en un cochecito de niño y lo cubra con una sábana antes de pasearlo arriba y abajo. Ocurre igual con nuestras mascotas. Les traemos nuevos juguetes sofisticados, pero ellas prefieren mordisquear un zapato viejo (si tenemos suerte) o perseguir un tapón de corcho que se nos cae al suelo de la cocina.

La escritora científica estadounidense Deborah Blum expresaba así su desespero en silencio por la tozuda tendencia de los críos a jugar como a ellos les gusta:

Mi hijo Marcus codicia apasionadamente las armas de juguete. Dado que su madre, intolerante con las armas, le ha negado incluso una birria de pistola de plástico, lo ha compensado construyendo armas con lo que pilla, desde plastilina hasta utensilios de cocina. Lo vi perseguir al gato, corriendo por la casa, mientras gritaba: «¡Dispárale con el cepillo de dientes!», y me llevé mentalmente las manos a la cabeza.⁹

Tenemos tres maneras principales de determinar si las preferencias humanas tienen un origen biológico. La primera es compararnos con otros primates sin nuestros sesgos culturales, que son todos. La segunda consiste en examinar un gran número de culturas humanas para ver si hay preferencias universales. Y la tercera es ver cómo se comportan niños de muy corta edad en los que la cultura aún no puede haber influido.

Dado mi bagaje profesional, prefiero el primer método. Considerando los experimentos anteriores sobre preferencias de juguetes, uno puede preguntarse si se encontrarán las mismas tendencias en primates libres de la influencia humana. Los primatólogos Sonya Kahlenberg y Richard Wrangham han reportado comportamientos de chimpancés salvajes reminiscentes del de *Amber* con su cepillo. Durante catorce años de trabajo de campo en el Parque Nacional Kibale de Uganda, han documentado muchas observaciones de chimpancés jóvenes sosteniendo pedruscos o troncos de maneras que sugerían que estaban llevando consigo una cría. Este comportamiento era tres o cuatro veces más frecuente en hembras que en machos. Podían dejar su piedra mascota a un lado mientras buscaban frutos, solo para volver a recogerla antes de trasladarse a otro sitio. A veces mantenían el tronco o pedrusco cerca mientras dormían en su nido, o incluso construían uno especialmente para el

objeto. Las hembras jugaban tiernamente con estos objetos como si estuvieran manejando a un pequeño, mientras que los machos eran menos cariñosos, y a veces pateaban una piedra igual que se dan patadas unos a otros. Este comportamiento no refleja una imitación de las madres, porque estas nunca cargan con troncos o pedruscos. Las mismas hembras jóvenes dejan de hacerlo tan pronto como tienen su primer bebé.¹⁰

En Guinea, una chimpancé de ocho años (preadolescente) hermana de una cría seriamente enferma seguía a su madre por toda la jungla. El primatólogo japonés Tetsuro Matsuzawa informó de que, para su sorpresa, en una ocasión la preocupada madre «extendió el brazo para tocar la frente de la cría. Parecía que estuviera comprobando si tenía fiebre». Tras la muerte de la cría, la madre no abandonó el cadáver, sino que cargó con él durante días hasta que se convirtió en una momia desecada. Incluso espantaba las moscas que se congregaban a su alrededor. Quizás empatizando con la trágica situación de su madre, la hija adquirió el hábito de cargar con una rama corta sobre los hombros o bajo el brazo como si de una cría se tratara. Una vez la apoyó en el suelo y «dio unas cuantas palmadas con una mano a la rama, como si palmeara suavemente la espalda de una cría». Matsuzawa interpretó el comportamiento de la hembra joven como maternidad fingida, y lo comparó con el de la etnia manon, en el pueblo cercano de Bossou, donde las niñas imitan a las madres con neonatos deambulando con un cilindro de madera adosado a la espalda.¹¹

Esta última observación tiene que ver con la segunda manera de determinar si las preferencias son biológicas: mirar una gran variedad de culturas para ver cuáles son universales. ¿Se encuentran en toda la humanidad? Por desgracia, tenemos poca información sobre la conducta infantil en las diversas culturas. Hay bastantes estudios en las sociedades industrializadas, pero obviamente desearíamos un abanico de culturas más amplio. El único estudio con una perspectiva intercultural concluyó que los neonatos atraen mucho más a las niñas que a los niños. Es habitual que las niñas ayuden a cuidar de

sus hermanos pequeños. Lo hacen bajo la mirada vigilante de sus madres, mientras que los niños suelen jugar fuera de casa.¹²

Incluso el libro de la más celebrada antropóloga del siglo pasado, Margaret Mead, *Masculino y femenino*, escrito en 1949, dice bien poco del juego infantil. Mead encuestó a veinticinco chicas adolescentes —ningún chico— de diversas culturas isleñas del Pacífico. Los juguetes no figuraban en su informe. Para Mead, la fuente de socialización no era el juego infantil, sino cómo hablan los adultos de los hombres, las mujeres y su interacción en la vida real.

La obra de Mead es el punto de partida de la teoría de la socialización del género, porque demostró cuán variables pueden ser los roles sexuales, y ha inspirado la afirmación de que dichos roles son mayormente o enteramente culturales. Sin embargo, tras una relectura de *Masculino y femenino*, ya no estoy convencido de que este fuera el principal mensaje de Mead. En el libro examina varias verdades universales sobre la condición masculina o femenina. Por ejemplo, Mead afirma que las niñas siempre se mantienen más cerca de casa y siempre vestidas, mientras que los niños de la misma edad pueden deambular desnudos y tienen libertad para alejarse. Un niño también aprende que le queda mucho camino por recorrer antes de convertirse en «el hombre que puede ganarse a una mujer y mantenerla en un mundo repleto de otros hombres». Mead subraya la universalidad de la competencia masculina: «En toda sociedad humana conocida puede reconocerse la necesidad masculina de triunfo». Los hombres, para sentirse plenamente realizados, necesitan destacar en algo, ser mejores en eso que sus pares y mejores que las mujeres.¹³

Toda civilización necesita ofrecer a los hombres oportunidades para realizar su potencial. Un estudio reciente de setenta países diferentes confirmó esta diferencia. De manera universal, los hombres valoran más la independencia, la mejora personal y la posición social, mientras que las mujeres dan más importancia al bienestar y la seguridad de su círculo interior, y de la gente en general.¹⁴

Para sentirse realizadas, las mujeres siempre tienen su potencial biológico de dar a luz. Es lo único que ellas pueden hacer y los



Una chimpancé deambula en un refugio de fauna cargando una muñeca a la espalda como hace una madre con su cría. Las hembras jóvenes se sienten atraídas por las muñecas, y en la selva practican las habilidades maternas con troncos.

hombres no. Ser madre es tan vital para la sociedad y tan realizador que Mead pensaba que los hombres deben resentirse de su incapacidad para igualar a las mujeres en eso. Acuñó la expresión «envidia del útero» como contrapartida de la «envidia del pene» de Freud. Posteriormente Mead lamentó su énfasis sesgado en lo femenino. En el prefacio de la edición de 1962 de su libro admitió: «Si lo escribiera hoy, pondría más énfasis en la herencia biológica masculina desde formas humanas más antiguas».¹⁵

Esto nos lleva a la tercera manera de evaluar el papel de la biología. Poco después del nacimiento de un bebé humano, tenemos una ventana de tiempo antes de que empiecen a aprender sobre el

género o nuestros complejos al respecto. Cuando en un estudio se hicieron ver vídeos de coches en marcha y rostros parlantes a niños y niñas de un año de edad, se comprobó que los niños se fijaban más en los primeros y las niñas más en los segundos. Pero dado que estos bebés ya podrían estar influenciados por la cultura del juguete, un estudio complementario observó el comportamiento de bebés de la edad más temprana posible. Se examinó a neonatos de un día de vida en la sala de maternidad de un hospital inglés, todavía junto a sus exhaustas madres. Los bebés veían la cara del experimentador o un objeto de color similar. Códigos ciegos al sexo de los bebés indicaron que las niñas miraban más las caras y los niños más los objetos, lo que sugiere que desde el primer día de vida las niñas están más orientadas socialmente.¹⁶

Las preferencias en materia de juguetes también surgen tan pronto y están tan omnipresentes que una revisión reciente que abarcaba 787 niños y 813 niñas procedentes de culturas mayormente occidentales concluyó: «A pesar de la variación metodológica en la elección y el número de juguetes ofrecidos, el contexto de la prueba y la edad de los niños, la consistencia en el hallazgo de diferencias sexuales en las preferencias de los niños por juguetes tipificados como propios de su género indica la fuerza de este fenómeno y la probabilidad de que tenga un origen biológico».¹⁷

El color es otro tema totalmente diferente. Al presentar a infantes de dieciocho meses una variedad de imágenes, los niños se fijaron más en los coches y las niñas más en las muñecas, pero el color de las figuras era irrelevante. Los infantes de ambos sexos no mostraban preferencias por el rosa o el azul. Los niños pequeños aún no están bajo el influjo del código de color que nos rodea. La distinción entre azul para los niños y rosa para las niñas la establecieron las industrias del vestido y de los juguetes. En otro tiempo era incluso al revés. Inicialmente todos los infantes vestían prendas blancas, que eran más fáciles de lavar y blanquear con lejía. Hasta que un artículo de 1918 en la publicación *Earnshaw's Infants' Department* introdujo los primeros colores pastel: «La regla general-

mente aceptada es rosa para los niños y azul para las niñas. La razón es que el rosa, al ser un color más decidido y poderoso, es más adecuado para el niño, mientras que el azul, más delicado y exquisito, es más bonito para la niña». Solo en tiempos relativamente recientes Occidente se pasó a la coloración binaria inversa. Si ahora las niñas rechazan el azul y los niños rechazan el rosa, y a los progenitores les preocupa «pervertir» a sus hijos vistiéndolos del color «equivocado», esto es una elección puramente cultural.¹⁸

Como mínimo, puede afirmarse que la evidencia de que la cultura afecta las preferencias por los colores es mucho mayor que la de las preferencias por los juguetes.

Centrarse en los juguetes o los colores, sin embargo, puede hacer que pasemos por alto la diferencia sexual más marcada de todas en lo que respecta al juego. Encontrada en gran variedad de culturas humanas y en todos los estudios de primates, consiste en que los jóvenes de sexo masculino tienen un elevado nivel de energía y son físicamente más inquietos que las jóvenes de la misma edad.¹⁹ El hecho de que el trastorno de déficit de atención por hiperactividad (TDAH) se diagnostique con una frecuencia tres veces mayor en los niños que en las niñas refleja la misma diferencia sexual.²⁰ Cuando se les deja jugar en un cuarto a su aire, los niños típicamente se dedican a juegos bruscos y desenfrenados, mientras que las niñas tienen menos contacto corporal y tienden a estructurar su juego en una línea argumental.²¹

En otro estudio, los científicos equiparon a 375 chicos y chicas típicamente norteamericanos con acelerómetros, un dispositivo que se lleva en la cadera y registra los movimientos corporales. Después de una semana, encontraron que los chicos de todas las edades son más activos físicamente que las chicas. La diferencia no era muy marcada en términos de actividad general, pero las chicas mostraban muchos menos arrebatos de movimiento vigoroso que los chicos.²² Un estudio similar con una muestra de 686 chicos y chicas

Europeos arrojó el mismo resultado.²³ Y una revisión de más de cien países diferentes concluyó que la mayor movilidad física de los varones es universal.²⁴

Siempre me asombra la inagotable energía que derrochan los antropoides jóvenes de sexo masculino, brincando arriba y abajo, acometiéndose unos a otros, rodando por el suelo con amplias muecas de risa mientras se destrozan mutuamente. Conocido como juego de lucha, consiste mayormente en fingir asaltos, forcejeos, empujones, cargas, palmetazos y mordeduras en los miembros, todo ello riendo. Los jugadores exhiben caras de risa con la boca abierta y emiten sonidos roncós a modo de carcajadas, que sirven para dejar claras sus intenciones. Esto es esencial para evitar la confusión, porque el juego social a menudo parece una pelea. Si un chimpancé joven salta sobre otro y le pone los dientes en el cuello entre risas, el otro sabe que está jugando. Si el atacante hiciera lo mismo en silencio, eso podría indicar que va en serio, lo que obviamente requeriría una respuesta distinta. La risa de los chimpancés es tan estentórea y contagiosa que cuando la oigo en mi despacho de la estación de campo de Yerkes, desde donde se domina un área herbosa con veinticinco chimpancés, a menudo me río para mis adentros por lo mucho que parecen divertirse.

Entre las hembras hay mucho menos juego de lucha. Ellas también forcejean, pero de manera tan lánguida que raramente parece que estén midiendo sus fuerzas. Prefieren otros juegos, a veces bastante inventivos. Por ejemplo, dos hembras preadolescentes adquirieron el hábito de intentar alcanzar mi despacho. Por un tiempo estuvieron practicando este juego a diario. Primero, entre las dos trasladaban un gran tambor de plástico hasta situarlo justo debajo de mi ventana. Luego se colocaban sobre el tambor, y una de ellas se subía a los hombros de la otra. La de abajo comenzaba a flexionar y extender las piernas arriba y abajo, como un trampolín, y la de arriba intentaba alcanzar mi ventana con sus manos, aunque nunca lo consiguieron. Pero su aventura cooperativa era muy diferente de los simulacros de pelea de los machos.

El exuberante alboroto y las exhibiciones de vigor de los machos explican por qué las hembras jóvenes mantienen las distancias. No es la manera de jugar que les gusta a ellas. Sin duda esta es la razón de que en todos los primates el juego esté marcado por la segregación sexual. Por lo general los machos juegan con machos y las hembras con hembras. Sus estilos de interacción son más compatibles, y las hembras a menudo rehúyen los inicios de juego por parte de los machos.²⁵ Eso lo hacen sin la instrucción de género que se da en nuestras sociedades. También en nuestra especie el juego sexualmente segregado es la regla. En todas partes, los niños crean esferas de juego separadas, una para los niños, una para las niñas.²⁶

A lo largo de seis meses, Carol Martin y Richard Fabes observaron a 61 niños norteamericanos de cuatro años durante el juego no estructurado, y concluyeron:

Cuanto más jugaban los niños con otros niños, más emociones positivas se veía que expresaban a lo largo del tiempo. Por lo tanto, aunque el juego entre chicos es rudo y orientado a la dominancia, ellos parecen encontrar este tipo de juego activo cada vez más interesante y persuasivo. [...] Otras investigaciones sugieren que los chicos responden con un interés activado y una respuesta en consonancia cuando otro chico hace ademán de querer empezar un juego duro, cosa que no hacen las chicas.²⁷

No todos los maestros de escuela aprueban el juego desmadrado de los chicos, que encuentran demasiado agresivo. Esta podría ser una razón de la desproporción de castigos y expulsiones de los escolares de sexo masculino.²⁸ No obstante, la mayor parte del juego entre chicos tiene poco que ver con la agresión. Esto es fácil de ver en sus expresiones faciales, las risas y la reversibilidad de los papeles (primero uno está arriba, y luego el otro) y especialmente en su separación tras el juego. Después del forcejeo, los jugadores se separan como buenos amigos.

El juego de lucha sirve para establecer vínculos masculinos y ejercita habilidades cruciales. Dado que, en casi todos los primates, los machos adultos son físicamente más fuertes que las mujeres y más proclives a la confrontación, deben aprender a reprimirse físicamente desde jóvenes. Un gorila macho adulto es tan increíblemente poderoso que con una ligera presión de sus nudillos en el pecho de un bebé gorila podría dejarlo sin aire. Pero los espaldas plateadas juegan con los bebés, y estos sobreviven. Los machos son tan delicados que la madre de turno permanece tranquilamente sentada sin ningún signo de aprensión.

Que nadie piense que estas inhibiciones surgen de manera natural en los animales: son adquiridas. En el curso de su larga vida, el gran macho ha aprendido a sopesar sus movimientos cuando juega con otros más débiles. Esta cautela se conoce como *autolimitación*, un fenómeno presente en muchos animales, desde un perro grande que juega con otro pequeño hasta un oso polar que juega con un perro de trineo, al que también podría comerse, en el Ártico.²⁹

La fuerza de la parte superior del cuerpo de hombres y mujeres es tan diferente que apenas hay solapamiento estadístico. Solo una escasa minoría de las mujeres se acerca a la fuerza física media de los varones.³⁰ Sería, pues, catastrófico que los hombres de la casa fueran inconscientes de su ventaja física. Los padres a menudo juegan bruscamente con sus hijos lanzándolos al aire antes de recogerlos al vuelo, haciéndoles cosquillas o rodando con ellos por el suelo. A veces les dejan imponerse en el juego. Las risotadas nos dicen que a los niños les encantan estos juegos y los desafíos y riesgos que entrañan. Los forcejeos son particularmente comunes entre padres e hijos. Como resultado, los niños a menudo miran a mamá y papá de manera bien diferente, acudiendo a la primera cuando están disgustados y al segundo cuando quieren jugar. Como resumía un estudio: «Las interacciones de madres e hijos están dominadas por los cuidados, mientras que los padres se definen comportamentalmente como compañeros de juegos».³¹

Los juegos bruscos de los padres enseñan a los niños en carne propia lecciones cruciales sobre la fuerza masculina, mientras mejoran sus aptitudes físicas y su autoconfianza. Pero esto funciona solo con un padre extremadamente inhibido que aprendió a refrenarse durante miles de sesiones de juego en su infancia y juventud. Los juegos de lucha son una parte crucial de la socialización por parte de los padres y los pares de sexo masculino.

Alborotar con chimpancés jóvenes me enseñó en carne propia cómo se adquieren estas inhibiciones. Se suponía que yo, como estudiante, tenía que someterlos a pruebas de inteligencia, pero a menudo les daba un respiro. Diseñados por un experto en ratas para quien todos los animales era simples máquinas de aprendizaje, las pruebas eran tremendamente repetitivas y aburridas, muy por debajo del nivel mental de un chimpancé. Pues bien, los dos antropoides se quedaban mirándome, invitándome a unirme a ellos en una sesión de juego. Esto era mucho más divertido, también para mí, pero pronto se hizo más que evidente que eran demasiado fuertes para mí. Aquellos chimpancés todavía no habían alcanzado la pubertad, tenían solo cuatro y cinco años. Aun así, si les golpeaba con todas mis fuerzas en la espalda, simplemente se quedaban riendo, como si fuera lo más gracioso que yo había hecho nunca.

Pero si ellos me hacían lo mismo, o me agarraban con una de sus imposibles presas, sujetándome con manos y pies, me encontraba en un serio apuro y tenía que protestar («¡ay, ay!»). Entonces me soltaban de inmediato y venían a examinar mi expresión con un gesto de preocupación en sus rostros, para ver qué me pasaba. ¿Quién habría pensado que los humanos eran tan debiluchos? Si veían que yo estaba dispuesto a reanudar el juego, lo hacíamos con un poco más de calma. Así es como regulan el juego entre ellos y se aseguran de que todo el mundo esté a gusto. El objetivo de los juegos de lucha es divertirse, no hacer daño a los otros.

Si uno se resiste a este proceso e intenta afirmar su dominancia, las cosas pueden ponerse feas. Esto le ocurrió a mi sucesor en el estudio con los dos chimpancés, después de que yo lo dejara. El primer día

mi sustituto, en vez de venir con ropa de batalla, se presentó vestido con traje y corbata. Nos dijo que estaba seguro de que podría manejar a unos animales relativamente pequeños como aquellos, porque se le daban muy bien los perros. Debió de intentar intimidar a los chimpancés en el cuarto de juegos, sin saber que los chimpancés siempre se revuelven, y tienen más fuerza en un solo brazo que nosotros en los cuatro miembros juntos. Todavía recuerdo a aquel estudiante saliendo a trompicones de la sala de examen, sin poder zafarse de los dos chimpancés agarrados a sus piernas. Su chaqueta estaba hecha jirones, con ambas mangas arrancadas. Tuvo suerte de que los animales no llegaran a descubrir la función estranguladora de una corbata.

Por norma general, el juego de las hembras primates es más delicado, lo que suele explicarse como una expresión del instinto maternal. Pero yo soy escéptico sobre esta interpretación, porque el término *instinto* implica comportamiento estereotipado. «Instintivo» suena a inflexible, no merecedor de atención, porque seguramente no requiere potencia cerebral. El término *instinto* ya no cuenta con el favor de los estudiosos del comportamiento animal. Aunque todos los animales tienen tendencias innatas, lo mismo que nosotros, estas se suplementan con una buena cantidad de experiencia. Esto es tan cierto para una actividad natural tal como el vuelo (las aves jóvenes pueden ser increíblemente patosas mientras aprenden a emprender el vuelo y tomar tierra) como para cazar, construir nidos y, desde luego, ejercer de madre. Muy pocos comportamientos son instintivos en el sentido de no requerir ninguna práctica.

Entre los primates, la inclinación hacia los neonatos vulnerables y sus sustitutos, como muñecos o pedazos de madera, indudablemente forma parte de su biología, y es más típica de las hembras que de los machos. Esto también vale para los perros, por ejemplo. Las perras preñadas o pseudopreñadas pueden reunir todos los peluches de casa para protegerlos y limpiarlos. La atracción común por los sustitutos de bebés o cachorros es lógica, dados los más de 200 millones de años de evolución mamífera, en la que el cuidado de la prole era obligatorio para las hembras y opcional para los machos.



Una niña sostiene y abraza tiernamente a su hermana recién nacida. La atracción de las niñas por los bebés es un universal humano.

Esto no quiere decir que las hembras nazcan con habilidades maternales innatas. Un neonato puede buscar automáticamente un pezón, pero la madre aún tiene que aprender a dar de mamar. Esto vale tanto para nosotros como para los antropoides. Muchos de ellos son incapaces de criar a sus hijos en los zoológicos debido a la falta de experiencia y modelos de conducta. No sostienen a su retoño en la posición correcta para amamantarlo, o lo echan para atrás si se acopla a un pezón. A menudo necesitan modelos humanos para llenar el vacío de conocimiento. Los zoológicos con una antropoide preñada suelen invitar a mujeres voluntarias para demostrarles cómo amamantar a un bebé. La antropoide observa a la madre lactante humana y copia cada movimiento suyo cuando tiene a su propio bebé.³²

Las hembras jóvenes primates se pirran por los pequeños. Muestran mucho más interés por ellos que los machos.³³ A menudo rodean a una madre reciente y —si están de suerte— alcanzan a tocar e inspeccionar a su criatura. Los machos jóvenes, en cambio, raramente se suman a estas congregaciones, mientras que las hembras siguen a la madre adondequiera que va. Pueden jugar con el neonato y cargar con él si la madre se lo permite, lo que sirve de preparación para el momento en que tengan su propia progenie.³⁴ *Amber*, por ejemplo, era una tía popular entre todos los juveniles de la colonia. Los transportaba, les hacía cosquillas, los sostenía en brazos y los devolvía a su madre para que los amamantara en cuanto se ponían quisquillosos. Como resultado, las madres estaban tranquilas si *Amber* solicitaba sus bebés, mientras que podían ser reacias a dejárselos a otras hembras jóvenes. Nunca se los dejaban a los machos jóvenes, que podían ser tan bruscos y descuidados que representaban un peligro. Por ejemplo, un macho joven podía llevarse a una cría a lo alto de un árbol, cosa que ninguna madre quiere. *Amber* nunca hizo eso.

El entrenamiento de las hembras jóvenes las ayuda luego a sacar adelante su propia prole amamantándola, protegiéndola y transportándola. La maternidad es una de las tareas más complejas que un primate afrontará en la vida. Cuando *Amber* tuvo su primer retoño, resultó ser una madre perfecta desde el principio. Esto es raro en los antropoides, pero a nosotros no nos sorprendió.

Practicar el comportamiento maternal no es todo lo que interesa a las jóvenes primates, ni mucho menos. En el caso humano, las muñecas pueden encontrar propósitos diferentes. La candidata a la presidencia estadounidense Elizabeth Warren publicó en Twitter una foto de ella misma de niña con un montón de muñecas, acompañada del texto: «Quería ser maestra desde segundo grado. Aquí estoy con mi colección de muñecas; solía ponerlas en fila y jugar a la escuela».³⁵

A las hembras primates les encantan los juegos imaginativos. De hecho, un juego se hizo legendario en los círculos científicos

porque sugería que un antropoide era capaz de fantasear. Hasta entonces, la fantasía se había considerado una capacidad exclusivamente humana. Un primer indicio de que los antropoides son capaces de simular es que, como hemos visto, pueden convertir objetos inanimados en bebés ficticios. Pero este caso particular iba más allá, porque el objeto era enteramente ficticio. La protagonista era *Viki*, una chimpancé joven criada en la casa de Cathy Hayes, en Florida.

En sus memorias de 1951, Hayes incluyó un capítulo titulado «El muy extraño caso del juguete imaginario». Un día Hayes advirtió que *Viki* pasaba un dedo por el borde de la taza del inodoro. Al principio parecía que estuviese inspeccionando detenidamente una grieta en la taza, pero ¿por qué parecía tan absorta? Entonces Hayes comprendió que *Viki* estaba imaginando un juego de tira y afloja, tirando enérgicamente de algo invisible. Al final dio un pequeño tirón y jaló la «cosa» hacia ella, mano sobre mano, precisamente igual que había hecho antes con juguetes atados a una cuerda. Para Hayes, parecía que *Viki* tenía un juguete invisible atado a una cuerda invisible que se había enrollado alrededor del inodoro.

En los días que siguieron, *Viki* se entregó a su juego más a menudo, confirmando la sospecha de Hayes. Por ejemplo, se pasaba la cuerda invisible de una mano a otra mientras miraba detrás de ella, con un brazo extendido hacia atrás para tirar del juguete. Una vez *Viki* llamó afligida a su madre humana cuando la cuerda imaginaria se había atascado y no podía soltarla. Se quedó dando tirones mientras miraba a Hayes, quien le siguió el juego y cuidadosamente desenredó la cuerda para *Viki*, que inmediatamente salió embalada arrastrando su juguete invisible tras ella.³⁶

Hayes apenas podía creerse su audaz interpretación, y explicaba que contó la historia como una «madre desconcertada». ¡Hay tanto por conocer de los juegos de los primates jóvenes! Siempre pasamos por alto a los pequeños. El comportamiento de juego de los niños también está muy poco estudiado. Aunque los niños dedican de manera entusiasta muchas horas diarias a jugar, los psicólo-

gos mayormente ignoran esta actividad, mientras los padres albergan la ilusión de que son sus arquitectos. Por eso el debate sobre los juguetes es tan intenso. La idea es que los niños apenas tienen intereses propios, y tenemos que asistirlos dándoles juguetes de género para moldearlos en mujeres y hombres «reales». Alternativamente, los guiamos hacia juguetes de género opuesto para permitirles convertirse en liberales ilustrados. Ambos enfoques son arrogantes.

La mejor estrategia sería abolir todas las divisiones típicas que encontramos en las tiendas de juguetes y aceptar las elecciones que hagan los propios niños, con independencia de si se ajustan a nuestras esperanzas y sueños. Demos un paso atrás y dejémosles jugar de la manera que quieran. Además, buena parte del juego tiene poco que ver con los juguetes o el género, como mi temprana fascinación por los animales y la atracción de los niños por la música, la lectura, las excursiones o las colecciones de objetos pequeños, como conchas o piedras.

¡El único problema es que la ropa de las chicas sigue sin tener bolsillos!